

Prólogo

Este notable trabajo de Axel Kaiser y Gloria Álvarez es una contundente denuncia de un enemigo de los derechos y libertades de los ciudadanos: el populismo.

Visto desde España, el texto tiene un mérito adicional, porque socava el habitual paternalismo europeo a la hora de analizar América Latina, paternalismo merced al cual en Europa jamás aceptaríamos que alguien pretendiese cambiar la sociedad aquí sin democracia y a tiros, pero a muchos les fascina el Che Guevara... en Cuba. Es como si la distancia y el pintoresquismo mitigasen su vocación criminal y totalitaria.

Las páginas que siguen ponen el dedo en la llaga: no es verdad que el populismo sea una peculiaridad virtualmente genética y exclusiva de los latinoamericanos, derivada de un deficiente marco institucional y, por tanto, sin posibilidad alguna de enraizar en la vieja y civilizada Europa. Falso de toda falsedad: tenemos populistas en varios países europeos, y en España, para colmo, los tenemos apoltronados en el poder, en una meteórica carrera ascendente cuyo final no es posible prever. En cambio, en la supuestamente atrasada América Latina los pueblos hace poco han dado la espalda al populismo en países tan emblemáticamente asociados con él como Venezuela, Bolivia o la Argentina.

Nadie está vacunado contra el populismo. Incluso Chile, quizá la nación institucionalmente más sólida al sur del Río Grande, puede perder los logros conquistados durante décadas por culpa de los socialistas, dispuestos a probar con Bachelet a la cabeza que, en efecto, nunca segundas partes fueron buenas.

Otro tanto sucede con la izquierda en España, a la vez desconcertada, golpeada y embelesada por unos populistas que en poco tiempo se han adueñado de cotas apreciables de poder político y tirón mediático. La izquierda española no fue capaz ni de anticipar ni de impedir este ascenso, y eso que el populismo no es más que una variedad del socialismo «de todos los partidos», como diría Hayek. Esto queda probado por la cercanía de fascistas, comunistas, socialistas y populistas, unidos por su prevención hacia la libertad, la propiedad privada y los contratos voluntarios.

Pero el populismo tiene un atractivo que las otras ramas del antiliberalismo pueden poseer en menor grado o incluso perder casi por completo. Por eso los populistas irrumpen cuando esas otras ramas están alicaídas, por su ineeficiencia o su corrupción. Esto es lo que ha sucedido en España, donde muchas personas de izquierdas han decidido votar por Podemos porque les pareció una opción más ilusionante que el PSOE o IU. No es que sea algo muy diferente, porque comparte con ellos una ideología que en el fondo sigue siendo cochambrosa y reaccionaria. Pero la forma de presentarla es seductora; basta recordar las consignas engañosas pero potentes de Pablo Iglesias y sus secuaces, desde «contra la casta» hasta la última simpleza de su fértil usina de magogía: «contra el Ibex 35», como si a los españoles les arrebataran por la fuerza la libertad y el dinero las entidades que cotizan en Bolsa, y no los gobiernos.

Al principio nuestros populistas, igual que en otros países, recurrieron a métodos violentos, a mensajes radicales, y a una análogamente vergonzosa complicidad con los peores regímenes del planeta, como el iraní, el kirchnerista o el chavista. Una vez conquistadas cuotas de poder, empero, cambian el discurso, porque la mentira jamás representa obstáculo ni suscita remordimiento, y ahora simulan ser serenos estadistas, admiradores

del euro y de la socialdemocracia nórdica. No es descartable que terminen abrazados al Fondo Monetario Internacional, como su otrora idolatrado Tsipras. Nada es descartable con los populistas, precisamente porque mienten sin pudor para conseguir su objetivo: el poder. Y si para eso hay que impedir a gritos que Rosa Díez hable en la Universidad Complutense, o asaltar allí la capilla, o lagrimear en recuerdo de Hugo Chávez, o presentarse con maternal naturalidad y amamantar a un niño en el mismo hemiciclo del Congreso de los Diputados, o venir al Parlamento en bicicleta, o ir en mangas de camisa a ver al rey o de esmoquin a la fiesta del cine, pues se hace y ya está. Lo que no se hace nunca es perder el foco de las cámaras, porque para el populismo la imagen es cualquier cosa menos un accesorio; de ahí que Podemos haya luchado a brazo partido por conseguir sentarse en las primeras filas en el Congreso: tienen que estar ahí, para que los filmen.

Su permanente insistencia en que ellos son la gran novedad contrasta con el contenido de sus programas, recomendaciones y hasta funcionamiento político. Presumen de ser más demócratas que nadie, todo en ellos es «participación» y «consultar a las bases», pero funcionan como una pequeña camarilla despotica tan poderosa como implacable a la hora de fulminar a disidentes o competidores dentro de sus filas. Es decir, similares a los demás partidos políticos de los que dicen diferir de modo sustancial.

El abanico antiliberal que va desde los fascistas hasta los comunistas se siente atraído por el populismo, lo que se explica porque sus ideas son bastante parecidas. Es un mérito destacable de Axel Kaiser y Gloria Álvarez el que presten mucha atención a estas ideas, y que acertadamente las rastreen hasta la Ilustración más hostil al liberalismo, la del arrogante racionalismo europeo continental que presumió de saber más que los modestos ciudadanos y de poder reorganizar la sociedad de arriba abajo como si las personas fueran «piezas en un tablero de ajedrez», en palabras de Adam Smith. En ese soberbio empeño los derechos y libertades individuales siempre han debido subordinarse ante estandartes colectivistas. Nótese como los antiliberales ha-

blan todo el rato de «derechos sociales», y jamás de los derechos concretos de las personas concretas. Como apunta Guy Sorman: «El populismo es obligatoriamente antiliberal, ya que el liberalismo cree que la sociedad se basa en la libre asociación de ciudadanos».

Este libro subraya la responsabilidad de intelectuales, políticos y organismos internacionales en la difusión de las nociones contrarias a la libertad, desde Raúl Prebisch y la CEPAL hasta los teóricos de la dependencia. Sus mensajes no eran tan solventes técnicamente como sugestivos políticamente, tanto para muchos ciudadanos como para grupos de presión no competitivos, que siempre buscan el amparo del poder. A dichos grupos les convino el absurdo protecciónismo de la «sustitución de importaciones» en América Latina, como les conviene ahora el cierre de mercados que propugnan tanto Podemos como Marine Le Pen, lo que demuestra una vez más las concomitancias de los totalitarios de cualquier laya. Con razón se llama en este libro «fascipopulistas» a Iglesias y sus compañeros.

Así como los economistas populistas recurren a las aparentemente científicas teorías neoclásicas sobre los fallos del mercado y los bienes públicos, como si justificaran de por sí cualquier expansión del poder, los admirados líderes —el populismo padece el culto a la personalidad en un grado incluso mayor que el de las otras variantes antiliberales— se dedican en cuerpo y alma a la propaganda, con gran impacto entre la profesión periodística, y procuran intoxicar a la población con etiquetas a menudo brillantes pero también simplistas, que siguen el patrón clásico del intervencionismo. Así, todo lo que huele a libertad o a menos opresión política es demonizado como peligroso y desalmado «neoliberalismo», a la vez que se presenta al ciudadano como víctima de las empresas, y no de las autoridades, como si a los españoles nos cobrara impuestos Zara y no la Agencia Tributaria. El mensaje es una y otra vez el de Eduardo Galeano y su exitoso bodrio *Las venas abiertas de América Latina*, del cual incluso él se arrepintió, demasiado tarde. El capitalismo es el mal, y el bien es el Estado, cuya crueldad sólo deberá dirigirse hacia un minúsculo uno por ciento de la población, que será expropiado en

beneficio del populoso 99 por ciento restante. Esta idea, por cierto, es tan antigua como *El capital* de Marx, donde se afirma que el socialismo será fácil de implantar porque consistirá en que la masa del pueblo expropie a un puñado de usurpadores. Basta con eso para lograr, como diría Mario Vargas Llosa, «el paraíso en la otra esquina».

Axel Kaiser y Gloria Álvarez denuncian todos estos fuegos fatuos con sus trampas retóricas y su neolengua, que hemos visto difundidas en España por parte de la izquierda, como la meta angelical de «blindar los derechos sociales», que en realidad significa «legitimar al poder para arrasar con los derechos individuales», o como las perpetuas «luchas» de muchos caraduras que no tienen ni idea de lo que es ganarse la vida, o como la soberbia de creerse la mayoría del pueblo, fabulosa estafa que se remonta a los bolcheviques y llega hasta las «mareas» y los «movimientos sociales». Como economista, he disfrutado con el truco de Juan Carlos Monedero, que llama «empresas de producción social» a las empresas estatales o públicas de toda la vida, que el poder obliga al pueblo a pagar y que manejan privatamente sus genuinos propietarios, que son los políticos, los burócratas y mafias diversas de grupos de presión, empezando por los sindicatos.

No olvidan los autores el papel de la Iglesia católica, cuyo populismo no comenzó con el papa Francisco, pero a la vez reivindican el importante peso de esa misma Iglesia en el pensamiento contrario. En efecto, una fuente crucial del liberalismo fueron unos destacados religiosos católicos, los escolásticos españoles, grandes pensadores del siglo XVI, entre los que se cuenta el también jesuita Juan de Mariana.

La historia no está escrita y España no tiene por qué padecer eternamente el protagonismo de los populistas, como tampoco está condenada América Latina; de hecho, en América parece que esos vientos soplan ahora en el norte del continente. Los amigos de la libertad podemos hacerles frente redoblando la crítica a las medidas recomendadas por los populistas, señalando su carácter ilusorio, porque pretenden resolver problemas cuando en la práctica su propio intervencionismo los agrava. Hay abundantes pruebas de que el desenlace de las políticas intervencio-

nistas propugnadas por el populismo es el contrario de lo que proclaman: pobreza, paro, desabastecimiento, inflación, corrupción, privilegios políticos y recorte de derechos y libertades del pueblo. Cabe aplicarles lo que dijo Churchill de los socialistas: no son abejas, porque éstas al menos producen miel, sino termitas.

Axel Kaiser y Gloria Álvarez denuncian con destreza desde el título mismo que el populismo es un engaño. En efecto, sus líderes han probado ser mitómanos, genuinos pseudólogos que convierten la mendacidad en un arte, como diría Swift, o más bien Arbuthnot. Parecen seguir fielmente los consejos de Maquiavelo: «...tener habilidad para fingir y disimular... Puedes parecer manso, fiel, humano, religioso, leal, y aun serlo; pero es menester retener tu alma en tanto acuerdo con tu espíritu, que, en caso necesario, sepas variar de un modo contrario». Los jefes populistas han demostrado su descaro a la hora de efectuar proclamaciones contradictorias con aún menos rubor que los políticos tradicionales.

Una vez le pregunté a Karl Popper por qué se había hecho comunista y por qué había abandonado el comunismo. Sus respuestas ilustran el propósito de este excelente libro, al apuntar a la falsa primacía ética de los populistas y a la realidad de sus desastrosos resultados. Me dijo que se había hecho comunista porque le pareció que era un imperativo moral. Y que había dejado de serlo cuando comprobó que los comunistas eran muy mentirosos.

CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN